

ENGÑO

Un engaño o al menos, equivocación muy común, origen de muchas discusiones, malentendidos y desencuentros, es plantear opciones como disyuntivas. Por ejemplo, una madre que quiere obligar a su hijo a comer y le plantea una disyuntiva terminante: "¿Qué quieres, tomar la sopa o irte al infierno?" ¿Por qué esa decisión tan tajante? el niño podría hacer ambas cosas, tomar la sopa e irse al infierno (o ninguna de ellas, por supuesto).

Sin embargo, lo que por el momento me interesa no es hablar de caldos y el Dante sino de una discusión más cercana a nosotros: la supuesta disyuntiva sobre si debe hacerse ciencia aplicada o ciencia básica, con sus respectivos por qué y para qué.

Esta discusión recurrente tiene algunos aspectos divertidos. En primer lugar, suele ser a posteriori. Tenemos todo un Instituto de Investigación, o una Universidad, llena de científicos, buenos y no tanto, algunos de los cuales hacen "investigación aplicada", "investigación básica" y los demás quien sabe. Tenemos este Centro del Saber, con toda su masa y su inercia, y -por ejemplo- con ocasión de la visita de un representante de los que dan la lana se desata acaloradamente esa famosa disyuntiva. Pero, ¿cuál es la idea?, ¿qué los que "pierdan" cambien rápidamente de orientación? ¿o qué se sientan mal y pidan menos dinero?

Otro aspecto interesante de esta -y otras- discusiones es el tinte maniqueísta de la caracterización: Hacer ciencia aplicada es bueno y que hacer ciencia básica es malo o, por lo menos "un lujo que no podemos darnos", etc. Este tipo de argumentación muy eficaz suele manifestarse en frases como "¿qué le ha regresado el Centro de Estudios a la ciudad que lo alberga?" donde el "qué" tiene que poder ser traducible a pesos; una respuesta como conocimiento o alegría sería muy sospechosa y mal vista.

Estos dos aspectos de la discusión, de planteo a posteriori y disyuntiva maniqueísta, están reñidos con la historia y dinámica de la ciencia, por lo que llevan a discusiones acaloradas y sin fin. Uno debería (y sobre todo si su quehacer cotidiano tiene que ver con el pensar ordenadamente, como es el caso de los científicos), uno debería empezar por analizar qué es lo que lleva a una persona a dedicarse a la ciencia, teniendo tantas otras opciones, qué es lo que motiva al que elige esta carrera y qué es lo que hace que un país promueva -o tolere- la formación de centros de investigación. Si la respuesta a esta pregunta, a lo largo del planeta y de los tiempos, no es consistente y exclusivamente de tipo práctico, entonces la disyuntiva entre ciencia aplicada y ciencia básica puede estar infectada de irrealdad y condenada a la esterilidad. Ésta es una pregunta muy importante porque tiene que ver no sólo con lo que le decimos a los que administran los dineros y a los que nos increpan en las cantinas, sino también lo que le decimos a los que queremos atraer a este campo y, por último, lo que le decimos a nuestra conciencia.

El planteo maniqueísta de la falsa disyuntiva entre ciencia aplicada y ciencia básica es astuto pero absurdo. Como también son risibles ciertas confusiones que se han generado al respecto, como identificar aplicada y básica con experimental y teórica o incluso con multi y monodisciplinaria.

En un cuerpo científico sano se dan todas las combinaciones posibles entre aplicado, básico, experimental, observacional, teórico, etc., además de varias zonas grises difíciles de caracterizar. Cuando el auge de los petrodólares, algunos países rezagados intentaron hacer un desarrollo de sólo el aspecto aplicado y no lo lograron. El proyecto Manhattan es uno de los ejemplos más notables (por el esfuerzo humano, monetario que involucró y las consecuencias que tuvo) de trabajo multidisciplinario aplicado, el cual, sin embargo, muchos no tomamos como ideal del quehacer científico. Debemos ordenar nuestra discusión reconociendo que no tenemos en realidad una disyuntiva en la cual hay que elegir, y que ciertamente no estamos obligados a determinar cuál es la parte mala y cuál la buena.

Pedro Ripa, 17/11/98